

comedores escolares, por ejemplo, fue reducido de 9 millones de bolívares en 1948 a 4 millones en 1949. Este proceso ha continuado sin interrupción desde entonces. En 1953 ya se había efectuado un aumento de casi 27 por ciento en los gastos militares, mientras que los de educación sólo habían aumentado un 5 por ciento, los servicios sociales y salud pública un 81/2 por ciento, y hubo una pequeña disminución en los gastos para la agricultura y el pastoreo.

Betancourt señala que el régimen de Pérez Jiménez ha destruido en buena parte la maquinaria de desarrollo económico establecida bajo el gobierno de Acción Democrática. No sólo se le han negado fondos a la Corporación de Fomento, sino que además no se han llevado a cabo los planes preparados para la irrigación, para el establecimiento de una fundición de acero, y otros varios del programa de A.D.

Sin embargo, las críticas de Betancourt a la dictadura militar no se limitan a su programa económico. De hecho, su primer ataque al régimen es motivado por la supresión de las libertades civiles. Hace un escalofriante relato de las condiciones de los campos de concentración creados por la dictadura, y de las experiencias de algunos de sus prisioneros.

Tal vez la mejor manera de concluir esta reseña sea transcribiendo el párrafo final del libro de Don Rómulo. Hélo aquí:

"Y es por todas esas razones que estampo aquí, como resumen y mensaje de un libro tan extenso, esta afirmación categórica: Venezuela volverá a ser, en un inmediato porvenir, Patria esclarecida y venturosa, con gobiernos democráticos y de raíces populares; y, en lo internacional, nación empeñada en la tentadora empresa de contribuir a una eficaz articulación de ese vasto archipiélago de dispersas Repúblicas, deprimidas y menospreciadas, que es la América Latina de nuestros días."

ROBERT J. ALEXANDER
Universidad de Rutgers.

From Alexander to Constantine. Passages and Documents Illustrating the History of Social and Political Ideas, 336 B. C.— 337 A.D.
Traducido por ERNEST BARKER. Oxford: The Clarendon Press, 1956. 505 págs.

Raras veces se estudian separadamente —como una de las principales épocas culturales en la historia de las instituciones y las ideas de Occidente— los seis siglos comprendidos entre la muerte de Aristóteles (322 A.C.) y el Edicto de Milán (313 A.D). Los que estudian

el mundo clásico lamentan el colapso de la *polis*, y que el amor por la sabiduría se haya convertido en escepticismo. Los cristianos, por otro lado, ven únicamente en ello el surgimiento del Cristianismo de entre las cenizas del racionalismo griego. Pero Ernest Barker demuestra que el período del 336 A. C., cuando Alejandro ascendió al trono, hasta el final del reinado de Constantino (337 A. D.), merece estudiarse por su propio mérito, no sólo como una era de transición. Así que según nos informa Barker en su prefacio, esta obra representa una tentativa de fijar los hitos del camino —o más bien de señalar los que dejó la historia— en el trayecto de las corrientes ideológicas y filosóficas que existen en el mundo helenístico de ciudades federadas e imperios paganos, y los dos mundos del hombre cristiano, quien tiene que habitar en uno de ellos, pero ser ciudadano del otro.

Los hitos varían en forma y contenido. Consisten de documentos de estado oficiales, tales como los debates sobre política exterior en las Asambleas de Acaya; de narraciones biográficas e históricas escritas por contemporáneos o coetáneos; y de discursos políticos y sermones, principalmente pasajes tomados de obras filosóficas y religiosas que abarcan desde las de Zenón a las de Tertuliano. Aunque el énfasis de Barker al coleccionar este material —y traducirlo con admirable claridad— es político y social, el autor sabe y nos demuestra la imposibilidad de comprender el pensamiento político y social del mundo antiguo (o de cualquier otro) sin referencia a su metafísica, su religión, su ética y sus leyes. Cuando Epicuro deja la *polis* para cultivar su jardín, expresa con ello un juicio político; y también cuando Plotino busca dentro de sí mismo al único Dios. Afortunadamente, por lo tanto, Barker incluye en su antología material que el pedante positivista político no hubiese entendido y por consiguiente, hubiese ignorado. Pudo haber incluido más —a pesar de las excelentes introducciones, y de que ocasionalmente las transiciones son brillantes, el lector a veces no puede comprender el significado de los cortos pasajes. Podría escapársele, por ejemplo, que el cristianismo, quien no es *de* este mundo o de su ciudad "sabiendo que en cada ciudad existe otro orden de patria" (Origen, pág. 441), está más allá del patriotismo en un sentido esencialmente distinto, por razones totalmente ajenas, a las del cínico o el estoico, quien no es ateniense ni corintio, puesto que pertenece "al universo o *cosmos*". (Epicteto, pág. 313).

Las introducciones, notas y comentarios proveen una continuidad que hace de este libro, más bien que una mera antología, una historia de las ideas y las instituciones. Como tal, es una continuación de *Political Theory: Plato and his Predecessors* y de *The Politics of Aristotle*, por el mismo autor. Como una cronología y fuente de documentos políticos y sociales, ilustra la interconexión esencial entre el desa-

rollo de los acontecimientos y la dialéctica de la especulación humana. Así pues, aunque Alejandro nunca formuló un concepto del estado universal, trató de fundir y reconciliar, usando varios métodos, las distintas gentes que vinieron a compartir bajo su reinado un mismo modo de vida y la adhesión a una misma causa (véase la pág. 39). Al mismo tiempo Zenón, fundador del estoicismo, predicó que los hombres no debieran vivir en ciudades-estados, divididos entre hermanos y extraños, sino que debieran considerar a todos como su conciudadanos, viviendo de una sola manera, bajo un sistema de orden, "como un rebaño en un pasto común comiendo juntos bajo la misma ley" (Zenón, pág. 7). ¿Fue Alejandro con sus actos, o Zenón con sus palabras, quien inició la nueva era de la *cosmopolis* y su "concepción cognada de la igualdad y la fraternidad de todos los incluidos en su círculo" (pág. 7)? La respuesta es clara: el uno puso en práctica lo que el otro llegó a comprender. La institución surgió no como mero accidente que habría de desplomarse al morir su fundador, sino como la encarnación de una idea que habría de iniciar una revolución social.

Barker clasificó sus documentos y selecciones en cinco partes: el Período Helenístico desde 336 a 150 A.C.; el Período Helenístico-Judaico desde 200 A.C. a mediados del primer siglo A. D.; el Período Latino desde 100 A.C. a 100 A.D.; un tardío Período Griego, cuando el Imperio de Roma absorbió el pensamiento de Grecia; y finalmente un Período Cristiano, que incluye desde que se escribió el Nuevo Testamento hasta la Era de Constantino. Algunos de estos períodos son, por lo menos parcialmente, contemporáneos más bien que consecutivos; sin embargo, en la secuencia que nos presenta Barker sugieren un desarrollo dialéctico de los principales temas que caracterizan a la época en su totalidad.

El principal tema político de la época transcurrida desde Alejandro hasta Constantino es el concepto y la institución del rey. Al principio, según nos deja entrever (con la ayuda de sus comentarios y anotaciones) el material que presenta Barker, la monarquía macedónica era un libre reino tribal, análogo a los primeros reinos teutónicos de Inglaterra (pág. 83). Luego de cambiarse la sede de la influencia política a Alejandría, cedió paso al concepto egipcio del reino: tradicional, unificado, autocrático y centralizado; lo caracterizaban "la monotonía de la homogeneidad y la tiranía del conformismo" (pág. 86). Sin embargo, el cosmopolitanismo griego penetró simultáneamente en Egipto (después de todo la población y la cultura alejandrinas eran griegas) y en esa forma la homogeneidad y el conformismo se tornaron en universalidad. Pero eso no bastaba, como habrían de descubrir los gobernantes romanos. Gentes de diversas culturas, idiomas, creencias e historias, provenientes de una aglomeración cada vez mayor de terri-

torios conquistados, no estaban dispuestos a renunciar a sus *ethos* individuales, y clamaban por la paz y el orden, por un sistema estable de gobierno. Según descubrió Augusto, era necesario adoptar varias de las normas y principios que las ligas griegas usaron en el tercer siglo, y permitir que el espíritu hostil del federalismo disminuyera el poder centralizado de Roma, estimulando la autonomía local (pág. 80). Al mismo tiempo "el fantasma republicano..." (del derecho romano), "habló en un palacio imperial" (pág. 264) y estableció "la base de la teoría de que el pueblo es la fuente de la autoridad legal, y que todo rey verdadero, siendo el pueblo quien le encomendó la autoridad, há de emplear su autoridad para el bien del pueblo"* (*ibid.*). Y al igual que lo explicó Filón el Judío, el verdadero rey habrá de tratar a todos por igual a la luz de la razón divina, combinando en esta forma el espíritu de democracia con la realidad de la monarquía (pág. 159). Al igual que Josítía,¹ el verdadero rey une la gran ciudad universal a la multitud de pequeñas ciudades en las cuales el hombre vive realmente (pág. 157). Pero la luz de la razón divina es, según lo afirman los filósofos judíos y lo explicaron los estoicos, la Providencia de Dios. Así que para el estoico el cosmos o universo significa "Dios mismo como lo que es en su naturaleza por virtud de la indivisibilidad de todo ser; sin principio en la engendración; incorruptible; el artífice del orden de las cosas quien a intervalos regulares atrae hacia su ser todo lo que existe y una vez más lo crea de sí" (Zenón, pág. 27). El universo se rige por la razón y la providencia o *pronoia* (*ibid.*). Pero mientras el griego alababa al verdadero rey por su participación en la razón divina que se extendía por todo el *cosmos*, el judío lo exaltaba como instrumento de la providencia de un dios personal, cuya voluntad, de por sí racional aunque inescrutable; determinaba el curso de los acontecimientos. (pág. 132). Por lo tanto, ya para *El Testamento de Judá* el verdadero rey era "un hijo del hombre" y a la vez "una criatura del reino celestial" que se les manifestaba misteriosamente a las almas virtuosas como el grandioso agente de Dios (pág. 147).

Pero los paganos—tanto los griegos como los romanos—también contribuyeron a la explicación del verdadero rey. Los primeros, quienes concebían los dioses a la imagen de los hombres, tranquilamente elevaron hombres al rango de dioses, y así deificaron a Alejandro (pág. 9). Los paganos romanos que adoraban a *Roma Dea* añadieron el César a sus ritos; pronto confundieron a la ciudad con el César, y éste permaneció mientras aquella se relegó al olvido (pág. 208). No obstante, tanto para el griego como para el romano, el gobernante di-

¹ Filón el Judío analiza la alegoría política implícita en las narraciones bíblicas de José.

vino era un Dios pagano —un superhombre que tornara en orden y paz el caos de tumulto civil y el desgobierno de las provincias (*ibid.*). El Oriente le añadió fantasmagoría y metáfora al concepto; el gobernante era aquél que iluminaba su imperio como el sol ilumina al mundo (pág. 350). Finalmente, cuando Dios el Verbo desterró y substituyó a Dios el Sol, el gobernante trocóse en *vicarius Dei* y dejó por completo de ser *praesens deus*. Ahora regía no por sí mismo sino *Dei gratia* (pág. 353). Quedaba, pues, por hacerse y habría de tomar más de diez siglos, un solo descubrimiento en cuanto al rey —un monarca que reine pero no gobierne (pág. 360).

El tema político del rey corría paralelo a los temas filosóficos de los estoicos. Y las teorías del filósofo, o conjuntos de ellas, "son las que substantivan y mantienen cualquier orden político" (pág. 207). Claro está, el estoicismo no fue una filosofía uniforme ni la creación de un único intelecto; Barker señala este hecho y lo ilustra con sus citas textuales (pág. 45). Tenemos pues que los primeros estoicos identificaron al universo con Dios, a la naturaleza con la razón, y predicaron una virtud seca y sin emoción. Más tarde "la lluvia fertilizadora de un verdadero espíritu religioso" cayó sobre "el árido paisaje" del panteísmo pedante, "haciendo que de simientes ignotas surgiera una verdadera fe en Dios, inspiración que le transmitió nuevos bríos a las prédicas estoicas" (Hans Lietzmann, citado por Barker en la pág. 311). No obstante la variedad de sus ideas, todos los estoicos, desde Zenón a Epicteto y Marco Aurelio, conceptuaban a la ciudad universal de Dios como *civitas dei* donde podían entrar los bárbaros al igual que los griegos, el siervo al igual que el hombre libre (pág. 22). Dentro del estoicismo el ex esclavo cojo Epicteto llegó a ser igual al emperador Marco Aurelio, cuyo imperio se extendía por todo el mundo mediterráneo, no obstante el hecho de que este último tenía mejor asiento que el primero en el teatro mundial. Lo mismo que el griego por medio del estoicismo superó la antítesis heleno-bárbara, el hebreo superó la de judío-gentil. Ambos concluyeron que todos los hombres son hermanos, por ley de la naturaleza y por decreto divino, conciudadanos en la ciudad universal (pág. 133). Así fue que el *civitas dei* de los estoicos vino a respaldar y cimentar la unidad del Imperio Romano y preparó el camino para la unificación de la iglesia cristiana en la *civitas dei* que se encarnó en la *ecclesia catholica* (pág. 48).

Según ilustran estos temas, la época desde Alejandro hasta Constantino fue anfiteatro de fecundaciones mutuas en lo cultural y lo social, de acontecimientos paralelos bajo distintas circunstancias. Su núcleo, sin embargo, era griego. A través del mundo civilizado el idio-

ma de la escuela, del templo y del mercado era el griego. En Egipto y Siria había más judíos de habla griega que hebreos en Palestina. Griega también era la lengua de la sinagoga, del foro y —más tarde— de la Ecclesia. Y “adoptar el idioma de Grecia también equivalía, en gran medida, a aceptar el pensar que su literatura expresaba” (pág. 131). La literatura latina bebió largamente de las fuentes griegas. San Agustín convirtió en vivencias las enseñanzas de Plotino y los ensueños de Filón (pág. 341). Ya cuando Tertuliano le arrebató Jerusalén a Atenas fue que la *fides* cristiana destruyó a la *ratio* griega y el cielo se convirtió en la ciudad de Dios; es decir, en un estado espiritual contrapuesto al reino del César. Pero cuando la sociedad universal de los cristianos (representación terrestre de la Ciudad Celestial) dio a éstos una ciudadanía doble, el concepto precristiano de la vida secular y religiosa (distinción que en sí viene de San Pablo y carecía de sentido en la terminología clásica) se dividió entre la Iglesia y el Estado. Con ello, se destruyeron el helenismo y la *Homonoia* y terminó la época de Alejandro a Constantino.

Todavía falta por escribirse una comprensiva historia intelectual de este gran período. Sin embargo, la antología de Barker provee gran parte de las referencias y muchas guías interpretativas. Es de esperarse que este libro inspirará un mayor estudio de una era que tanto significado tiene para el desarrollo social.

URSULA VON ECKART,
Universidad de Puerto Rico.

ARTHUR S. LINK, *Wilson: The New Freedom*. Princeton: University Press, 1957. 503 págs.

El Presidente Wilson, al salir de Princeton para la toma de posesión de la presidencia, le dijo a un amigo que sería irónico si su administración tuviera que encarar principalmente asuntos de relaciones extranjeras. Este comentario parece indicarnos que tenía algún presentimiento de lo que iba a ocurrir en el mundo. Y no es probable que haya persona alguna en 1912 que no se diera cuenta de las señales que indicaban las dificultades que se avecinaban. Todas las capitales de Europa estaban en tensión. Era obvio que Alemania amenazaba al Imperio Británico —estaba haciéndose de una armada— y la señora de los mares encontró esta práctica intolerable. El reto a su poderío era cada día más inminente. Pero si existía una sola persona que no hubiese observado las señales, esa persona era el nuevo Presidente. Su